

Angustia prenupcial

Ángela Torres

Durante mi noviazgo me sentía amada, protegida entre los brazos de mi novio; sus caricias y sus besos eran para mí un alivio. Pero esto sólo yo lo sabía, no lo expresaba; me avergonzaba abrazarlo en público y aún más darle un beso; nuestras conversaciones eran cortas.

Decidimos contraer matrimonio. Lo difícil sería darle la noticia a mi padre. Yo continuaba teniéndole miedo, aunque había cumplido la meta que él y mi madre me habían impuesto, la cual era también mi meta: estudiar, trabajar y después casarme.

Decidí darle la noticia un día que se encontraba acostado en su recámara, leyendo su revista de vaqueros, mientras mi madre descansaba a su lado. A ella no le había comentado mi decisión porque su reacción hubiera sido de angustia.

Antes de entrar me persigné y le pedí a Dios que me ayudara a vencer el miedo para poder hablar con mi papá. Al escuchar mis palabras, mi madre se sorprendió y mi padre no emitió un solo sonido. El silencio invadió la recámara; le reproché entonces la razón de su actitud, le pedí que me dijera lo que pensaba, le dije que necesitaba de su aprobación. Pero tuve que retirarme de la habitación sin haber recibido respuesta alguna.

Llorando, salí de casa en busca de mi novio, al encontrarlo me abrazó y le platicó lo sucedido; él me consoló y tuve que regresar pronto a mi casa, porque si mi padre se daba cuenta de mi ausencia se pondría furioso.

Mi novio y yo determinamos que sus padres fueran a mi casa para solicitar mi mano. No le informé a mi padre de la visita. El miedo hizo de mí su presa y el día que asistieron me salí al patio de la casa. Mi madre me platicó que no los quiso recibir. La



segunda ocasión que lo visitaron sí los recibió y su respuesta fue que nos casáramos al día siguiente. Tomamos esto como su aprobación.

Iniciamos los preparativos de la boda. Mi novio empezó a trabajar horas extras en la empresa donde laboraba como obrero.

Con mi madre y con la que iba a ser mi suegra nos dirigimos a comprar el vestido de novia a una tienda del centro, con el dinero que él me había dado. Yo estaba feliz, pero no lo demostraba. En los aparadores se apreciaban los modelos; eran tantos que no sabía cuál de todos sería el apropiado; al medírmelos sentía vergüenza. Al fin decidí llevarme el que luciría el día de mi boda. Ya en casa lo seguí adornando con lentejuela y chaquira.

Llegó el día. Yo estaba muy contenta, emocionada por el vestido blanco, las zapatillas con azahares, las medias, los velos largo y corto adornados con la corona de azahares, el maquillaje... Pensaba que faltaban pocos minutos para ser la esposa de la persona que amaba, el que me brindaría su apoyo, su amor y protección.

Mi padre estaba en su habitación. Yo no sabía si asistiría a mi boda. Al salir de mi recámara mi madre me dijo que cumpliera como hija y fuera a verlo para pedirle su bendición. Me dirigí a la habitación de él y le pedí su bendición; sólo me respondió que me fuera. En ese momento surgieron dentro de mí dos sentimientos encontrados: tristeza y felicidad.

Salí de la casa y subí al vehículo de color blanco, adornado con grandes moños de celoseda, que me esperaba para llevarme a la iglesia. Todo esto anunciaba el traslado de una novia feliz e ilusionada.

Llegué a la iglesia. Ya estaba esperándome el que sería mi marido. El sacerdote salió; yo me bajé del automóvil y mi mayor sorpresa fue ver a mi padre. Me temblaron las piernas, sentí que subían miles de hormigas a mi cuerpo y lo recorrían; no esperaba su presencia (a la boda de dos de mis hermanas no asistió). Al entrar a la iglesia me dijo simplemente: "agárrate"; entrelacé mi brazo al de él y caminamos por el pasillo cubierto con una alfombra roja y adornado a los lados con enormes ramos de flores



blancas. Al llegar al altar me entregó a mi novio. El nerviosismo por la presencia de mi padre casi no me permitió disfrutar la ceremonia.

Al concluir, mi padre se retiró sin decir nada. La parroquia estaba llena de familiares y amistades que se unieron a nuestra felicidad. Salí del brazo de mi esposo muy contenta; empezaron las felicitaciones, sin faltar el tradicional arroz. Me sentí libre, como una gaviota en vuelo.